

calibrite

colorchecker classic

LA CRISIS DEL TRADICIONALISMO Y EL PROGRAMA MINIMO

OBSERVACIONES SOBRE UN FOLLETO MINIMISTA

POR

DON MARIANO FORTUNY Y PORTELL

Soy tan inflexible en materia de principios como indulgente en cuestión de personas.

Carta de Don Carlos de Borbón a D. Luis M. de Llauder, con motivo de fundar el CORREO ESPAÑOL.



R 7421

TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO ALTÉS ALABART
Calle de los Ángeles, núms. 22 y 24. — BARCELONA

1914

mm

LA CRISIS DEL TRADICIONALISMO Y EL PROGRAMA MINIMO

OBSERVACIONES SOBRE UN FOLLETO MINIMISTA

POR

DON MARIANO FORTUNY Y PORTELL

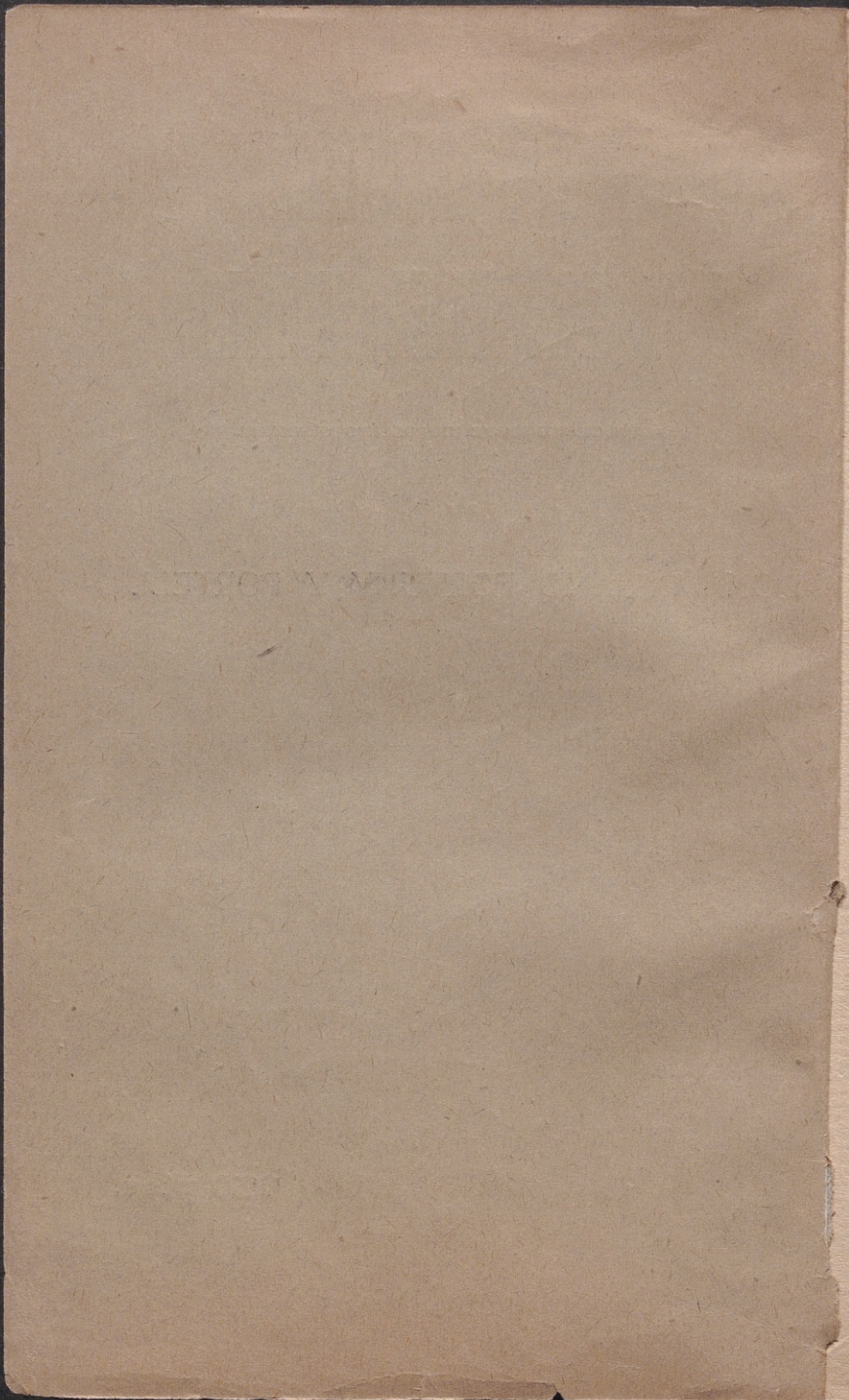
0'50 ptas.

6.0

OR

n

9
F
C



LA CRISIS DEL TRADICIONALISMO Y EL PROGRAMA MINIMO

OBSERVACIONES SOBRE UN FOLLETO MINIMISTA

POR

DON MARIANO FORTUNY Y PORTELL

Soy tan inflexible en materia de principios como indulgente en cuestión de personas.

Carta de Don Carlos de Borbón a D. Luis M. de Llauder, con motivo de fundar el CORREO ESPAÑOL.



R. 7.421

TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO ALTÉS ALABART
Calle de los Ángeles, núms. 22 y 24. — BARCELONA

1914

A ordenado por el ilustrado jefe y querido amigo
Sr. D. Sr. marqués de Camaltes
El castor

LA CRISIS DEL TRADICIONALISMO Y EL PROGRAMA MÍNIMO

INTRODUCCIÓN

Con el llamativo título de *La Crisis del Tradicionalismo en España*, se ha publicado recientemente un folleto, debido a la bien cortada pluma del docto catedrático de Zaragoza D. Salvador Minguijón, tan distinguido en el terreno de las letras y de la Ciencia, como en orden a las ideas católicas y tradicionalistas de las que hasta el presente ha hecho honrosísima ostentación.

El título del trabajo, el nombre del autor y muy particularmente el asunto de que trata, han debido sugestionar a muchos que en aras de la Causa tradicionalista han consagrado su existencia y sus energías, como ha debido llamar la atención de no pocos, que, militando en bandos opuestos, se hallan interesados en que la crisis ahonde y persevere, ya porque llevados de aversión a las ideas puedan alcanzar la desaparición del obstáculo que tan tenazmente se opone al arraigo y desarrollo del avance revolucionario, ya porque, y esto es lo más grave, de los efectos de tal crisis cabe esperar la conquista y adquisición de fuertes y honradas masas, lastre envidiado por aquellos que se esfuerzan en manifestarse afines al Tradicionalismo.

Tales consideraciones y la amenidad y corrección del folleto, en el que la erudición abunda y campea la forma retórica en mayor escala que la argumentación lógica, han movido el ánimo de coger la pluma a quien no pretende misión de maestro, ni de mentor oficioso que ni siquiera se atrevería a medir armas en tan

interesante controversia con quien tiene bien conquistada cátedra de enseñanza; pero como en orden a lealtad y celo para una causa justa, no son los títulos académicos los que prevalecen, ni las dotes oratorias dan patente de buen acierto en el orden político, de aquí que haya quien crea de buena fe que en este terreno vale más que la Ciencia la Experiencia y de ésta tenemos por desgracia un depósito que indudablemente aventaja a la del aventajado catedrático Sr. Minguijón.

Por otra parte el asunto del folleto, ni es nuevo ni son de hoy, sino de muchos años, los que hemos de llamar argumentos de la obra, ni la doctrina que sustenta es de primera edición, ni son tan sencillos los tradicionalistas de nuestros días que no conozcan el *paño* en cuanto les hablan de uniones, de programas y de orientaciones nuevas, pues el más imberbe de nuestros requetés sabe a qué atenerse en cuestión del credo católico monárquico de nuestros ideales y no le aturden los ruidos ni las propagandas, distinguiéndose de las juventudes de las fracciones liberales, muchas de las cuales ignoran a *do van*.

Animados, pues, con tales ilusiones y con la no menos grata de que plumas más bien cortadas e inteligencias más claras tratarán del asunto, poniendo las cosas en su lugar, vamos a ocuparnos del Minimismo del Sr. Minguijón, nueva escuela de predicación antigua, que es probable que figure en la Historia como uno de tantos ismos de breve existencia que han aparecido en nuestros días, tales como el Mesticismo de la Unión Católica, al que Ortí y Lara calificó de Última etapa del Catolicismo liberal, o el Integrista nocedalista, que mereció calificativos, de que no queremos acordarnos.

Pero el folleto del Sr. Minguijón, por más que no

lo parezca, tiene dos partes contenidas en una sola, con la particularidad que las dos partes no consignadas en la obrita, están en abierta pugna como dos rivales, o como si dos manos, mejor dicho, dos inteligencias distintas, con diferentes ideas aunque con idéntico fin hubiesen redactado la labor. Cosa rara, pero notable y muy adecuada para llevar a cabo el afán del Minimismo, que pretende reducir el programa tradicionalista a su última expresión, no extractando su esencia como en los globulillos homeopáticos la ciencia de Hanneman, sino practicando amputaciones de miembros tan sanos, como son en el Tradicionalismo la cuestión religiosa y la legitimidad dinástica; y como obras son amores y no buenas razones vamos a ocuparnos en las proposiciones del sabio catedrático analizando la fórmula que nos propina para curarnos del mal de crisis que afirma que padecemos.

I

ORIENTACIONES

Hemos dicho que la obra del Sr. Minguijón parece escrita en dos partes o por dos distintos criterios y efectivamente al leer con el afán que se merecen sus páginas, desde la primera hasta la 41 inclusive, salvo escasas pinceladas tendenciosas, están escritas en lenguaje netamente tradicionalista y los que las leen se las asimilan y hacen propios sus conceptos si se hallan inspirados en los ideales de la causa. Mas desde la página 42, que empieza con el título «El programa mínimo y las alianzas políticas», el que sabe leer, si es de los que se llaman afines (cuando les conviene) sonríe de satisfacción al comprender la finalidad de las proposiciones;

pero el tradicionalista leal, el que sabe lo que es y lo que cuesta ser tradicionalista, forma juicio muy distinto del autor y de la obra.

Esto no es decir que, en lo que llamamos primera parte del folleto, no se deslicen afirmaciones ligeramente indicadas para servir de prejuicios, como dulcísimo jarabe que predispone al paciente lector a salvar el amargo de la medicina y una de tales es la de que el Tradicionalismo carece de orientaciones.

Quéjase amargamente el Sr. Minguijón, después de admirar en hermoso párrafo, la vitalidad y pujanza del Jaimismo, y el buen acierto en movilizar grandes masas entusiastas y abnegadas, de que se halla no obstante faltado de orientaciones y esa afirmación es tan gratuita como que se halla en contradicción abierta con las palabras del mismo opinante.

Si es un hecho innegable, como dice el Sr. Minguijón, la vitalidad y pujanza del Jaimismo, ¿cómo ha podido adquirir tal vitalidad y pujanza sin orientaciones? O estas son innecesarias para ello, o en realidad las ha tenido y las tiene mientras aumenta *en vida y en pujanza*.

Si las masas tradicionalistas se congregan en torno de una bandera con un gesto de bravura caballeresca y si de ellas sale un rumor potente como de cosas grandes amadas por un pueblo rico en fe, como afirma el autor del folleto, ¿qué necesidad existe de esas orientaciones cuya falta deplora el Sr. Minguijón?

Tenemos, pues, orientaciones tan sabias, tan potentes, como que ellas nos dan *vitalidad, pujanza, bravura, unión en torno de la bandera* y algo más que ha callado el Sr. Minguijón y se lo diremos; *mucho recelo* hacia los redentores que pretenden salvarnos con nuevas orientaciones, que no vienen de donde han de venir.

Pero aclara luego los conceptos el Sr. Minguijón,

y después de precisar los caracteres de su calificada crisis, distingue hábilmente entre la orientación *lejana* que la constituye el programa de principios, de otra orientación consistente en el programa de actuaciones, que califica de *antorcha* que alumbre nuestro sendero de peregrinación del ideal.

No ignoramos que el Sr. Minguijón, en artículos y en conferencias, ha predicado mucho y sin duda magistralmente sobre el tema de la orientación de actuaciones, pero no podemos dejar de comprender que sus inspiraciones llevan una especial orientación completamente contraria al programa de principios que informa la por él llamada orientación *lejana* del Tradicionalismo.

Terminado habríamos esa cuestión de las orientaciones, si no se ocurrieran dos ideas nacidas en las halagüeñas proposiciones del Sr. Minguijón que en manera alguna podemos dejar de apuntar.

Para probar que el Tradicionalismo carece de orientaciones, el publicista acusa a la Comución, precisamente de exceso de ellas, cuando dice, que las fuerzas tradicionalistas se han unido unas veces a los afines y otras veces a los contrarios; que se ha puesto en práctica la teoría del mal menor y la del mal mayor y que en uso de rica polifonía unas veces echamos mano del registro suave y templado y otras veces del registro radical agudo y chillón.

Sin duda el Sr. Minguijón con sus graciosas metáforas no habrá aludido a ningún documento oficial de nuestros augustos Jefes ni de sus delegados con debida autorización, al hablarnos de males menores y mayores, de recursos y de registros, de afines y de contrarios, pues los superiores conocimientos del opinante no alcanzan a encontrar lo que no existe, y no existe, en verdad, esa supuesta orientación en favor de una ni otra de aquellas entidades mayores y menores, afines

ni contrarios, siendo notoria la constante y admirable unidad de criterio de nuestras direcciones, y tan notoria como que luego el mismo Sr. Minguijón en el propio folleto nos acusa de la persistente idea del *Todo o nada* que nos invita cortesmente a desechar.

¿Es que el Sr. Minguijón supone que el *Todo o nada* de sus lamentos, es algo compatible con esas diversas actitudes u orientaciones (según su suposición) del mal menor o mayor, a que dice nos hemos unido?

El Sr. Minguijón ha percibido ruido de agua y el arroyuelo pudo parecerle cascada, cuando en las corruptoras y corrompidas contiendas electorales del sistema sufragista, ha visto que los tradicionalistas entraban en tratos que más o menos leoninos les ofrecieron los que califica de afines y de contrarios (aunque en realidad todos sean de los últimos), y a esas coaliciones electorales, a las circunstanciales solidaridades, que jamás obtuvieron sanción real, les ha considerado inocentemente orientaciones, sin duda para obtener un argumento que indudablemente le faltaba al constituir su orientación minimista, de registro suave y templado, aunque de larga y bien poblada cola.

¿Pero qué dice el Sr. Minguijón de orientaciones tratando de la Comunión tradicionalista cuando es éste el más orientado de los partidos políticos? Por ventura desde la iniciación del movimiento católico-monárquico hasta nuestros días no ha tenido el Tradicionalismo una orientación marcada, patente y permanente, tan precisa en programa religioso y político, como sabido y conocido de nacionales y extranjeros?

Las doctrinas de Balmes, de Donoso Cortés y del P. Alvarado ¿no constituyeron en su día orientaciones de nuestra Comunión que de acuerdo con las que allende el Pirineo predicaron Bonald, Demaistre, Luis Veuillet y el P. Taparelli dieron lugar a que la Comunión

tradicionalista pusiera el pendón de la causa de los tres Carlos como expresión fiel de las orientaciones que en concretas formas políticas precisaron D. Pedro de Laho, Aparisi Guijarro, Orti y Lara y Manterola? ¿Cayeron de orientaciones los héroes de las tres guerras, que constituyen la gran epopeya del siglo XIX? ¿Los leales de Carlos VII y de su augustísimo hijo no se hallan orientados así en cuestión de principios como en la de procedimientos?... Cuando los Jefes han ordenado la paz, pacífica ha sido la propaganda; cuando se ha estimado conveniente intervenir en las miserables luchas de la contienda electoral, han acudido las huestes carlistas a la enemiga arena y contra viento y marea han obtenido brillantes resultados; pero cuando los Jefes han llamado a las armas, cien mil combatientes se han dispuesto al sacrificio de sus vidas e intereses, en aras de orientación marcada, así por lo que respecta a principios como a las actuaciones.

En cambio ¿nos dirá el Sr. Minguijón cuáles son las orientaciones de esos amigos suyos a los que califica de afines, con los cuales según su leal parecer debemos estar a partir un piñón y regatear el programa mínimo de los ideales? Los doctrinarios de las fracciones liberales, los conservadores históricos, los admiradores de la respetable figura del Sr. Maura que tantos elogios merece del Sr. Minguijón ¿tienen acaso orientaciones sanas y aceptables para los que comulgamos en el altar de la Tradición?

Lejos de nosotros el pretender molestar al Sr. Minguijón ni a sus afines, entre los cuales conocemos a muchos desengañados, cuya honradez, altas dotes y elevación de miras les ha hecho incompatibles con las concupiscencias del poder liberal, y a tales abrazaríamos de buen grado y crearíamos que honran nuestras filas, si la abnegación de que dieran muestras, les llevara a

reconocer como tantos otros, que el sistema vigente es malo y deplorable; que la ley fundamental del Estado, exótica en su doctrina, es perniciosa en su desarrollo práctico; que las conquistas revolucionarias son perversas; que las tendencias a los radicalismos son destructoras de nuestra Patria y que el Culto y la Enseñanza sufren embates de avasalladoras corrientes a las que quieren con firme voluntad oponer un fuerte muro, para lo cual su orientación viene a converger con la nuestra...

Pero por ahora no vemos tal voluntaria aproximación; sino que por el contrario, el Sr. Minguijón, como apóstol de nueva doctrina, pretende crear la escuela del Minimismo, con reducción grave y trascendental de las bases más esenciales de nuestra Comunión, y en tal actitud no es probable que el insigne publicista alcance el resultado que apetece, pues sin duda no se ha hecho cargo de que nuestras orientaciones no convienen ni pueden convenir con las que tienen por primera y principal orientación las veletas del regio alcazar de la plaza de Oriente.

II

CRISIS

Cuatro síntomas señala el Sr. Minguijón como reveladores de una gran crisis que como efectos de la desorientación producen, a su juicio, la esterilidad y el descrédito, y son: la variedad de opiniones y temperamentos, la falta de una dirección clara y sostenida, las divisiones personales y el quebranto de la disciplina.

Si llevados del afán de abreviar nuestra tarea, pasáramos por alto la afirmación del publicista, o si aceptáse-

mos en principio como hecho innegable la existencia de lo que califica de síntomas, ni ganaría el autor del folleto de la Crisis, ni se acreditaría su panacea del Programa mínimo y de la Unión de las derechas con sus *reglas generales de flexibilidad en las aplicaciones* y con la admisión de *excepciones en circunstancias especiales* perdiéndose en el vacío de su laudable fin, de que, por no dejar abandonada la cuestión a la arbitrariedad y capricho de candidatos, se constituye una arbitrariedad y capricho que signifique la conveniencia de un nuevo partido, compuesto de retazos de encontrados bandos.

Pero es el caso que ni la variedad de opiniones y temperamentos, eterna condición de la Humanidad, en todos los tiempos y en todas las empresas, puede seriamente ser considerada como síntoma de crisis, sino más bien de plétora de vida, ni es exacto que en tiempo alguno haya faltado a la Comunidad tradicionalista dirección clara y sostenida. Ni las divisiones personales pueden afectar a la orientación de principios que nos reconoce el Sr. Minguijón, ni tales divisiones alcanzan a la doctrina y esencia del Tradicionalismo, apesar de haberlo intentado en diversas ocasiones otros Minimalistas anteriores al Sr. Minguijón; ni finalmente el quebranto de la disciplina, si ha existido en casos particulares, jamás ha tenido la trascendencia y forma que alcanza a las fracciones de los llamados derechos calificados de afines, a los que quiere llevarnos nuestro denunciante. Sabe el Sr. Minguijón, como saben cuantos conocen la Historia, que todas las grandes empresas han tenido sus contrariedades personales, tanto más numerosas cuanto más trascendentales han sido aquéllas y sería prolijo enumerarlas, si atendiéramos a las importantes etapas de la Reconquista, las Cruzadas, el descubrimiento de América y nuestra Guerra de la Independencia por vía de ejemplo.

Pero si, según el Sr. Minguijón, esas diferencias personales que podemos llamar *Fulanismo*, dentro de la Comunion producen la crisis del Tradicionalismo, ¿Cuál es el remedio que nos prescribe?

Aquí está el fracaso de la caritativa empresa.

Es hecho cierto, notorio y evidente que las deploradas divisiones personales, en el Tradicionalismo en nuestros días, no reconocen por causa el Tradicionalismo, ni su programa, ni sus orientaciones, ni la cuestión religiosa, ni la cuestión dinástica y sí solamente las intromisiones del enemigo en nuestro campo, o la intromisión de los nuestros en las empresas de base y carácter liberal. Mas claro: sin elecciones, sin parlamentos, sin solidaridades, sin coaliciones, sin uniones morganáticas con los enemigos de la causa, el Fulanismo jaimista no existiría y no se verían esos casos que alcanzan al escándalo en determinadas ocasiones a la corrompida y corruptora lucha electoral.

La Comunion tradicionalista, y por ella sus reconocidos jefes, han consentido que aceptando los leales la lucha ofrecida en el terreno del sufragio, siquiera sea falso y pervertido como lo ha sido desde su origen, se aprestasen a ella y que donde por sí solos no pudieran tener asegurada la base de una mayoría, se aliasen circunstancialmente, y para el exclusivo fin parlamentario, con los diversos partidos políticos que pudieran ofrecerles las momentáneas ventajas del éxito. Esto se ha hecho en ocasiones, permitido y consentido por los jefes; en otras sin su pública y manifiesta aprobación.

Hemos alcanzado nutridas y siempre muy distinguidas representaciones en las Cortes. El Senado y el Congreso constituídos bajo la base de un sufragio falso y maleado, han admirado a una minoría antiparlamentaria tradicionalista, en la que brillaron lumbreras de imperecedero recuerdo; sabios y elocuentísimos orado-

res y conocedores prácticos de los intereses de la Patria, en sus distintos ramos han dejado oír su voz, y sus claras y categóricas afirmaciones han impuesto el respeto y la consideración; mas esas considerables ventajas, debían por precisión aparejar otros inconvenientes indispensablemente anejos al contagio... El Liberalismo en sus manifestaciones y el Parlamentarismo en su esencia son el colmo del fraccionamiento partidista y la defectuosa constitución de los organismos parlamentarios crearon los males del fulanismo, con la vida de los caciques, las conjuras de las fracciones, el reparto de los cargos públicos, las influencias en todos los ramos de la administración, los monopolios del trust y otros miles de *filoxeras* que producen la destrucción de las cepas y con ello el fatídico *Arrivismo* que constituye la profesional carrera del político aspirante.

¿Era posible que los tradicionalistas, metidos en el fango de la lucha electoral, no se contaminaran de la epidemia? ¿Podrían dejar de alcanzarles los efectos de la corrupción? De aquí, de aquí y no de otra parte proceden los males que el Sr. Minguijón califica de síntomas de crisis... Llevados a ese terreno, sabe el Sr. Minguijón que podríamos citar casos de algunas claudicaciones cuya causa fué debida al referido contagio. El Parlamento, con el humanismo del sistema que encumbra personalidades y premia defecciones, la tentación de la notoriedad y del cargo público, las contrariedades y a veces penurias que produce el alejamiento de lo que brilla en el poder, son acicates para la ambición y el personalismo y algo había de haber de tan humanos defectos en la obra humana de una empresa redentora y como tal perseguida y asaz crucificada. El mal menor de contribuir con nuestros votos a la obra del Parlamento, debía forzosamente acarrear el mal mayor del contagioso virus inoculado en nuestras arterias, llevándonos al parangón

de constituirnos en un partido más de esas derechas, de las que se pretende formemos un extremo.

Nuestra Comunión, siendo uno de tantos de los partidillos parlamentarios, debía ser uno de tantos de los que contribuían al sostenimiento del sistema y cuanto más fogosos, más entusiastas, más elocuentes y más admirados fueran nuestros representantes en Cortes, más crecía, más arraigaba, más se acreditaba lo que precisamente queremos a toda costa destruir.

Dejando aparte consideraciones de otra índole, respecto a la situación comprometida del candidato o del representante por el distrito que al parecer le elige y a la necesidad y urgencia de tratos y contratos con banderías y personalidades distintas, tendremos a los tradicionalistas en completa vida liberal, y en contagio perenne, que ha de producirles los efectos deplorados por el Sr. Minguijón, como síntomas de crisis.

Si a esto se agrega que las elecciones obligan a la celebración de mitines, constituciones de mesas electorales, propagandas extraordinarias, promesas, compromisos, luchas locales y pugnas de intereses personales, vemos con ello a los nuestros constituidos en grupo de odiosos y odiados enemigos de las diversas fracciones políticas y en oposición de respetables ciudadanos que pretenden al parecer otros candidatos. ¿Es ello carrera de atracción política? No y mil veces no. Antes al contrario es camino de contiendas y de arbitrariedades y creación de intereses de carácter personal y concitación de rivalidades. Respiramos con ello una atmósfera malsana y corrompida que muy bien podemos calificar de peste liberal que nos contagia y nos inocular la crisis que notoriamente padecen hoy todas las manifestaciones de la secta; peste que precisamente lleva los caracteres especiales precisados por el Sr. Minguijón al señalar los eficientes de la crisis que nos atribuye.

Pero no entendemos con ello, como comprenderá el Sr. Minguijón y cuantos se dignen leer estas líneas, patrocinar la idea de que se abstenga en absoluto la Comunion tradicionalista de intervenir en la liberal contienda de las elecciones, ya que la estimamos provechosa y acertada en casos determinados, siempre y cuando dicha intervención vaya precedida de la más sabia cordura y de la más acertada unidad de dirección, demostrando a la faz de nuestro pueblo, que las elecciones son de orden mucho menos que secundario y que no son un fin sino un medio de propaganda, evitando a todo trance el triste espectáculo que en alguna ocasión se ha dado en Cataluña de luchar por un mismo distrito dos candidatos jaimistas en escandalosa pugna.

Convencido el pueblo tradicionalista de que las elecciones no han de llevar el triunfo de la Causa, emitamos enhorabuena nuestros votos en favor de Candidatos de la Comunion, sin descuidar que lo accesorio de la contienda no debe jamás prevalecer sobre lo principal de la empresa y la orientación en este sentido ha de salvar los peligros de esa crisis denunciada por el Sr. Minguijón, que, según, parece pretende curarla con el Programa mínimo, que indudablemente descansa en el principio curativo del *Similia similibus curantur*, cuando nos convoca en favor de esas llamadas derechas y pretendidos afines, que son ni más ni menos que propulsores del sistema electoral.

No estará de más decir ahora, aunque sea de paso, que lejos de abominar la representación nacional en Cortes, la estimamos los tradicionalistas justa y necesaria como que forma parte integrante de nuestro programa; tal como la proclama Don Carlos de Borbón en su carta-manifiesto; tal como la precisó el gran Aparisi y Guijarro; tal como se practicó en distintas épocas de nuestra Historia, acomodada a las exigencias de la

época actual, con el voto directo o indirecto de todos los que personalmente contribuyen a las cargas del Estado, con la representación de entidades y de clases, mas no con la del distrito o terruño informe e inconsciente, en el que cohabitan encontrados intereses; no con el espíritu y orientación de partidillos, fracciones políticas o jefaturas caciquistas; no con derechas e izquierdas ni con bizantinas discusiones de los encontrados bandos, puesto que los principios fundamentales de nuestra Monarquía no pueden consentir la existencia de conspiraciones bastardas que contra la Legitimidad reinante se constituyan en elementos de perturbación y de desorden. El Trono ha de ser indiscutible en las Cortes, como ha de serlo para nosotros la Santidad de la Religión del Estado y la integridad de la Patria.

III

OTRAS CRISIS

Ha denunciado el Sr. Minguijón una crisis deduciendo de ella fatales consecuencias, sin tener en cuenta que otras más graves y culminantes crisis ha atravesado el Tradicionalismo español en su larga historia, saliendo de ellas incólume y con tal vigor y lozanía como reconoce el Sr. Minguijón en las primeras líneas de su folleto, «Es un hecho innegable la vitalidad y la pujanza del Jaimismo y ningún partido sabe como él movilizar grandes masas entusiastas y abnegadas.»

Tal confesión de parte nos ahorraría hablar más de crisis y de orientaciones, si la panacea averiada del Sr. Minguijón no nos obligase a demostrar que no necesita la Comunción tradicionalista el exótico tratamiento que le propina para salvar su existencia y mantener su apreciada salud.

Terminada aquella formidable lucha que se denominó la guerra de los siete años, con la inicua traición de un general que había obtenido suprema confianza, diseminadas aquellas huestes que tantas veces habían vencido a los ejércitos liberales y a sus aliados de naciones extranjeras; después de la paz que momentaneamente produjo el tristísimo abrazo de Vergara; parecía cumplida la misión del Tradicionalismo carlista y extinguida para siempre la pretensión de vindicar derechos y restaurar instituciones. En aquella honda crisis ser carlista o tradicionalista era sinónimo de faccioso y doquiera se creyó perdida la causa de la Legitimidad. Crisis de llanto, crisis de dolor, crisis de aniquilamiento, que no presentaba indicio alguno de vitalidad.

Atraviesa nuestra historia el triste reinado de Doña Isabel. El Liberalismo impera y domina proclamando exóticas constituciones que barren cuanto existía de tradicional en nuestras leyes y costumbres; progresistas inician y moderados consienten, horrendos crímenes y expropiaciones inicuas, bajo el servil móvil de trocar nuestras tradiciones con plagios de la Revolución francesa. El Tradicionalismo no fué factor en esa cruel etapa de nuestro rebajamiento nacional, y cuando la traición, la felonía, y el odio sectario, destronó a la respetable Señora que reinó por gracia de la Constitución; sin alianzas, sin transacciones, sin minimismos, sin flexibilidades, la Comunion Tradicionalista, salvada de la crisis, aparece de nuevo con vitalidad y pujanza y resurgiendo de prolongado letargo, pone sobre las armas a cien mil combatientes bajo las órdenes del más insigne y esclarecido capitán del próximo pasado siglo.

En la epopeya de la guerra contra la Revolución y la República, tuvo el Tradicionalismo su crisis. Cabrera,

el calificado de primero y el más prestigioso de los generales de la Causa, hizo traición a su bandera. Una restauración en favor del hijo de la destronada Doña Isabel, puso en unión a las fracciones liberales ante el peligro común del triunfo de la causa de Don Carlos y un ejército arrancado de las entrañas del pueblo dominado, sirvió a las órdenes de generales y jefes que tuvieron la fortuna de acabar con la guerra sin grandes luchas ni hazañas y sin el honor de señaladas victorias.

Del glorioso triunfo de Lácar al paso del puente Arnegui se acentuó la derrota en el campo carlista y aquella inolvidable palabra *Volveré* pronunciada por el caudillo, a su paso por la frontera, revelaba la profecía del vencimiento futuro de aquella desdichada crisis.

Crisis ha pasado el Tradicionalismo en las posteriores etapas de su vida civil. Crisis de claudicaciones lamentables y de fuertes embates le produjo el Mestizismo de la Unión católica con manifestaciones muy semejantes a las que patrocina el Sr. Minguijón, y el Integrista nocedalista que le arrebató valiosos elementos y esclarecidas inteligencias, y otras podríamos citar no menos trascendentales, debidas recientemente a deplorables contubernios. El Tradicionalismo las ha vencido todas y en pos de tantas crisis, lo ha dicho el Sr. Minguijón, *es innegable la vitalidad y pujanza del Jaimismo.*

Y ¿cómo podrá darnos a entender el Sr. Minguijón que nos conviene la panacea del Programa mínimo, disolviendo la esencia de la Comunión en el conglomerado que califica de Unión de las derechas? ¿Qué suerte o ventaja hemos de alcanzar con esa conmixtion bajo la base de dosis escalonadas que con tanto primor nos describe en su folleto? ¿Tan sencillotes considera el folletista a los carlistas, que cree que han de aceptar del lobo un pelo, a cambio de abnegaciones trascendentales?

¿Es candidez o es trastienda lo que se esconde en el folleto de la fingida crisis? Trataremos de estudiarlo.

IV

LA EVOLUCIÓN Y EL «TODO O NADA»

Ni Taine, ni La Tour du Prin, ni el conde Demaistre, ni menos el P. Taparelli, han preconizado las ideas de la evolución que deduce equivocadamente el Sr. Minguijón refiriéndolo al Tradicionalismo, y sería preciso entrar en el terreno del sofisma, si se les atribuía la paternidad de ese Minimismo restaurado, que tiene su origen en la escuela del Moderantismo, y que afortunadamente carecía de figuras hasta la actualidad.

El Sr. Minguijón pretende cohonestar la teoría del mal menor que los tradicionalistas no tenemos motivos para discutir, y su erudición notoria no alcanza en el folleto medio alguno de obtener la demostración que pretende. Basta su lectura para convencernos de lo contrario. Basta fijarse en esa supuesta afirmación del *Todo o nada* para formar juicio de que la pasión ofusca a los más esclarecidos ingenios.

¿Quién ha sentado la tesis del *Todo o nada*, que excita al Sr. Minguijón a proclamar la teoría del Programa mínimo? ¿Fue acaso el conde Chambord cuando no quiso aceptar la corona de Francia sin la bandera blanca?

Así lo da a entender el autor del folleto.

¿Fue Don Carlos de Borbón en alguno de sus manifiestos?

Todos ellos respiran unidad de criterio, no obstante las tachas de transaccionismo que opusieron los integristas al del Campo de Morentin.

¿Acaso alguno de nuestros publicistas, el contemporizador Aparisi y Guijarro, el entusiasta Manterola o el ilustrado y concienzudo Polo y Peyrolón? Nada más inexacto.

El Todo o nada de nuestro programa no está en las personas, sino en la completa incompatibilidad de principios entre los que sirven de base y esencia del Tradicionalismo y los que informan el credo negativo de las escuelas liberales.

El Dios, Patria y Rey de nuestra bandera no es materia tangible ni reductible como las acomodaticias y elásticas manifestaciones del Doctrinarismo de las llamadas derechas.

La Revolución liberal es por completo antitética al Tradicionalismo restaurador y si bien cabe la tolerancia, el amor y para fines determinados la unión, con las personas, no es posible encontrar una amalgama siquiera mínima en cuestión de principios, ni menos prescindir en alguna parte de los tres lemas de nuestra bandera. El Liberalismo es una herejía de época, transitoria como el Arrianismo; un mal considerable que corrompe a la Sociedad; y nos enseña la experiencia el adagio de que a grandes males grandes remedios.

Para propinarnos la dosis el Sr. Minguijón cita unas palabras de D. Severino Aznar publicadas en un periódico tradicionalista. «No se resigna (dicho Sr.) al disparatado lema de *o todo o nada* y aunque no triunfen las personas no deja de regocijarse el que triunfen las ideas, que valen más.»

Tanto el Sr. Aznar como su amigo el Sr. Minguijón saben perfectamente que la Comunción tradicionalista, por lo muy distinta que es de los partidos liberales, huye del Personalismo y en consecuencia no anhela el triunfo de las personas, sino por constituir el triunfo de las ideas, las cuales si bien han de ser concebidas y

desarrolladas por personas, jamás han dependido de la individualidad que las proclama. El Tradicionalismo se llamó Carlismo o Jaimismo, no por las ideas particulares de Don Carlos y Don Jaime, con ser magistrales y respetables, sino porque aquellos señores representan la idea monárquica vinculada en el principio tradicional de la Legitimidad. Don Carlos ha fallecido, morirá un día Don Jaime, mas la idea católico-monárquica será imperecedera y otras personalidades no liberales la representarán y en consecuencia los tradicionalistas hemos de regocijarnos de que triunfen las ideas bajo la representación única y exclusiva que legítima y tradicionalmente corresponde.

¿Son así los partidos afines, hacia donde quiere llevarnos el Minimismo minguijonista?...

Maurismo hoy, como antes Canovismo o Silvelismo, Datismo, Romanonismo, Polaviejismo y hasta Melquiadismo, como antes Moretismo y Lopedominguismo...

He aquí una porción de ismos que representan más o menos unas mismas doctrinas liberales, bajo el encumbramiento de respetables personalidades. No transcribiremos, por respeto, las sabidas palabras de Fernando VII.

El Sr. Minguijón y sus congéneres quieren llevarnos a determinadas personas con la falacia del triunfo de las ideas monárquicas, o sea malear el lema de Rey. También algún día los de la Unión católica pretendieron arrebatararnos el lema de Dios y los catalanistas con su regionalismo acomodaticio querían quitarnos el de Patria...

¡Qué buenos y acreditados son nuestros principios, cuando son tan ambicionados!... Era lógico y previsto que, al extenderse la propaganda de nuestros ideales, debían aparecer escuelas de programa minimista como las mencionadas que querían hacerse con soñados des-

pojos... Fortuna que es hecho innegable la vitalidad y pujanza del Jaimismo, como ha dicho el Sr. Minguijón, y que ningún partido sabe como él movilizar grandes masas, entusiastas y abnegadas.

Pero el Sr. Minguijón tira a otra parte al acomodarse a que no triunfen las personas; quiere prescindir de algo que está por encima y que les impide dirigirse a las preferidas derechas del Liberalismo; hay lo que llama la cuestión dinástica y precisan a su juicio flexibilidades y acomodamientos de conciencia.

Ya lo iremos demostrando.

V

PROSELITISMO MINIMISTA

Para fundar una escuela, importa que además del maestro existan alumnos, y el Sr. Minguijón al crear el Minimismo, debía predicar, aunque no dar trigo, y de aquí sus artículos, sus conferencias, su folleto y hasta su publicación periódica, escogiendo particularmente para ello, no la ciudad de Zaragoza, ni la villa y corte de Madrid, sino el populoso centro de Barcelona, donde la actividad y exceso de vida, lo admite y lo digiere todo. En Barcelona encontró un movimiento político tradicionalista digno de toda admiración, y excepcionales circunstancias de personal y de prensa le facilitaron el ingreso para una campaña, en la cual tiene apóstoles tan predispuestos, que ya le admiran y le siguen aún antes de leer el folletito ni oír sus conferencias. *¡Oh sanctas gentes quibus nascuntur in hortis númina!*

Pero como no todos son analfabetos, ni aspirantes a cargos públicos para el día que suba Maura, augura-

mos que no han de faltarle disgustos ni contratiempos.

Ninguno de los primeros le deseamos que afecte a su honorabilísima persona; muchos auguramos que han de ser los últimos dado el carácter y bravura de nuestros leales.

Mas para obtener prosélitos, precisa sentar una doctrina, unos principios, una aspiración, unos procedimientos, y en esto anda muy pobre de recursos el señor Minguijón.

Doctrina. No hay que decirlo; el Sr. Minguijón se declara tradicionalista; desea el triunfo de la causa tradicionalista, pero con una reforma, según el folleto.

Principios defendidos por el Sr. Minguijón son, los de la bandera tradicionalista, pero recortados y reducidos a la más pequeña expresión (Programa mínimo), especialmente en lo que atañe al Liberalismo condenado por la Iglesia, y a la que denomina cuestión dinástica.

Aspiración propia, la manifiesta el Sr. Minguijón por todos sus cuatro costados; unión de derechas, o sea agregación de los tradicionalistas, a la fracción conservadora capitaneada por el Sr. Maura y considerándoles dentro del parlamentarismo con la más derecha de las derechas.

Procedimiento de atracción y de asimilación no para llevar a nosotros, o sea el Tradicionalismo, inmediatamente, sino adhiriéndose los tradicionalistas a los afines para que mañana ellos vengan a nosotros, si no con las personas con los principios.

He aquí el plan del Sr. Minguijón cuyo detalle requiere capítulo aparte.

VI

PLAN DE PROCEDIMIENTOS MINIMISTAS

Después de preguntarse el autor del folleto si saldría el bien del exceso del mal, y de acusar a los tradicionalistas de patrocinadores de radicalismos para que el exceso del mal produzca el triunfo de nuestra causa, y después de pincelar una cruzada imaginaria de proselitismo, dictando reglas algo añejas de preservación y depuración, entra en materia en aquella que denominamos segunda parte, o sea a partir del artículo VII, denominado «El Programa mínimo y las Alianzas políticas», en el que se ve donde vá y donde quierè llevarnos el catedrático de Zaragoza.

Mas antes que, siguiendo el camino trazado, entremos en tan escabrosa materia, precisa digamos algo siquiera sea ligeramente sobre el prelude de la empresa.

Es un hecho cierto y positivo que no cabe poner en duda, que al azote de la persecución, los católicos despiertan y sacuden su marasmo, produciendo un saludable movimiento de reacción y también es cierto que un gobierno radical nos espolea y aviva nuestras energías, mientras que un gobierno moderado nos adormece en una tranquilidad engañosa; de aquí que, como dice el Sr. Minguijón, hay entre los Tradicionalistas quien prefiere el Radicalismo.

Que más carlistas han hecho Canalejas y los anticlericalismos gubernamentales, que los moderados y conservadores, está fuera de toda duda, así como tampoco cabe dudar, que los avances revolucionarios de los radicales, son lentamente arraigados y escalonadamente aceptados por los partidarios de la escuela conservadora.

La Revolución bulle y se agita y avanza con los radicales, pero en pos de ellos viene una situación conservadora y como el ministro Mendizabal, de triste memoria, sanciona el avance y exclama *No queréis frailes no tendréis frailes*, como pudo decir un sucesor, queréis sufragio universal, queréis jurado, queréis amplia tolerancia de cultos, queréis enseñanza laica, queréis secularización y queréis *candado*, pues todo lo tendréis mientras nos dejéis en paz en el Gobierno, disfrutando por turno del presupuesto.

Está tanto, lo dicho, en la convicción de todos, como que nadie se atrevería a negar, con plena conciencia, que nunca prosperó tanto la Comunión Tradicionalista, como en aquella época de la *Gloriosa* de Septiembre y de la República del 73, cuyos excesos y escándalos produjeron idéntico resultado que el que hoy producen los atentados anarquistas y los crímenes de la semana trágica.

En tales ocasiones se evoca la sombra del Tradicionalismo. ¿Dónde está Don Carlos? ¿Que hace Don Jaime? ¿Qué esperan los carlistas? Se oye clamar por todas partes y lo que es más, no sólo sucede esto cuando acontecen las hecatombes de la Revolución, sino cuando ocurren desastres como los de Santiago y de Cavite y cuando el pueblo se entera de que gobernantes de situaciones de afines, consienten si no causan la pérdida de nuestras colonias y la ruina de la Patria, por amor a encumbradas orientaciones.

Esto lo sabe el Sr. Minguijón y cuantos oyen invocar a Santa Bárbara, cuando truena, pero sabe también quien no se aparta de la verdad, por pasión o por malicia, que *jamás el Tradicionalismo ha apoyado ni impulsado a la Revolución*, como *jamás* se ha aliado con sus propagadores. Calumnia vil y artera sería tal acusación y no creemos que a ello quiera descender el Sr. Minguijón.

Para contestar si saldría o no el bien del exceso del mal, tiene que decirnos el Sr. Minguijón, y más que decirlo probarlo, si el exceso del mal es la Revolución airada y sin freno, o la Revolución mansa y acomodaticia, de esos afines que se denominan conservadores, sin duda porque *conservan* las conquistas de aquella obra.

Por nuestra parte nos atenemos a los juicios del vizconde Bonald y de Veuillot, a los textos de Mons. de Segur y del P. Ramiere y a los estudios de Orti y Lara sobre los partidos medios, moderados y católico-liberales, que al Sr. Minguijón le parecen afines, y nos hacemos propias las palabras de Menéndez Pelayo, en sus Heterodoxos españoles, cuando al juzgar la obra de la Restauración alfonsina y criticar la Constitución de 1876, dice que «hemos llegado por pendiente suavísima a la proclamación de la absoluta libertad de la Ciencia, o (dicho sin eufemismos) del error y del mal en las cátedras; y a los proyectos ya inminentes del matrimonio civil y de la Secularización de cementerios» añadiendo luego el siguiente substancioso párrafo:

«Dentro de póco, si Dios no lo remedia, veremos bajo una monarquía católica, negando en las leyes el dogma y la esperanza de la resurrección y ni aun quedará a los católicos españoles, el consuelo de que descansen sus cenizas a la sombra de la Cruz y en tierra no profanada.»

¿Sabe algo de esto el Sr. Minguijón? ¿Son éstas las orientaciones de los afines?

No pregunte a los tradicionalistas si saldrá el bien del exceso del mal, sin antes precisar su criterio, de si el exceso del mal es la Revolución desenfrenada o el afinismo moderado o conservador como creemos y sabemos los que pasando por toda clase de pruebas de lealtad, hemos salido incólumes del contagio. Nuestras afirmaciones son sinceras y desinteresadas, no debiendo

estrañar a nadie que dado el mal del Liberalismo que mas o menos afecta a los afines como a los exaltados, nuestra preferencia sea para los primeros, como a personalidades tan buenas, que en cuanto arrecia el peligro vienen a nosotros y nos demandan, pero por lo que respecta a procedimientos, la franqueza y la descarada lealtad de los revolucionarios, nos sugestionan, porque viendo de frente al enemigo, se multiplican y enardecen nuestras huestes, se aprestan a la lucha, se pega cara a cara y como hemos dicho antes, a grandes males, grandes remedios.

La revolución inglesa, produjo una República; se llevó al cadalso al Rey Carlos I y el exceso de aquel mal produjo el advenimiento de la Restauración de la Monarquía.

La revolución francesa, llevó al cadalso al infortunado Luis XVI y a la virtuosa María Antonieta y en pós de un período de terror y de despotismo revolucionario, volvieron los reyes legítimos a sentarse en el trono de sus mayores. Mas para ejemplo histórico, aquella restauración, en la que los monárquicos tradicionalistas transigieron con las ideas de los afines liberales; ministros de la Revolución, tales como Talleyrand, Fouché y el abate Louis, pasaron del servicio del Imperio liberal a iguales cargos en la Monarquía restaurada y con el liberalismo de los afines se dió lugar al destronamiento de los Cien días, como más tarde a la proclamación de Luis Felipe de Orleans.

Para convencernos el Sr. Minguijón de la bondad de su escuela, sienta en la página 19 de su folleto, la idea de que es necesaria la existencia del Liberalismo porque *«si el Liberalismo desapareciera de nuestra Patria faltos de tema para nuestras campañas y de objeto para nuestra actividad, no sabríamos ya qué hacer, ni qué decir.*

Consecuencia de ello, es la Lógica del Minimismo.

Hay necesidad de mantener el Liberalismo, porque sino ya no sabríamos qué hacer ni qué decir.

Si no supiéramos lo que vale personalmente el señor Minguijón, podríamos formar juicio, para él muy poco favorable, al criticar tal concepto, pero el respeto que nos merece el docto catedrático de Zaragoza, nos obliga a limitarnos, aplicando aquel texto de *Aliquando bonus dormitat Homerus* y pasar a otro asunto.

VI

OBRA DE RECONSTRUCCIÓN

Para alentar a los tradicionalistas en la empresa restauradora, recomienda el Sr. Minguijón distintos procedimientos de propaganda que no tienen en manera alguna el honor de la originalidad, pues ni son nuevos, ni son prácticos y eficaces como los que ha realizado y constantemente realiza la Comunion.

El Sr. Minguijón no recuerda que la Comunion tradicionalista, no ha dejado de laborar constantemente y sin descanso, con un ardor y una constancia inimitables, y con aprovechamiento de circunstancias y coyunturas que le habrían llevado al triunfo, a no mediar esos afines del Sr. Minguijón, esos eternos y encarnizados cuanto encubiertos enemigos de la causa tradicionalista.

Dejando a parte que en la gloriosa cuanto desdichada campaña de la última guerra, sucumbió el Ejército carlista ante la falange de todas las fracciones liberales unidas y rehechas de sus contratiempos, con el golpe de Estado de Sagunto, por obra y gracia de los elementos llamados afines del partido conservador, no hay que olvidar que plegada la bandera en el orden militar,

el Tradicionalismo concretó su obra, mientras más no pudo, al mantenimiento de sus ideales en el orden religioso, ejerciendo hasta el monopolio, la propaganda de aquellas instituciones seculares, que sostuvieron en días de lucha, los combates de la Fe con la pública ostentación de la defensa de los derechos de la Iglesia.

Juventudes católicas, asociaciones de católicos, centros de propaganda y de caridad, eran fundados e informados por los tradicionalistas. Ser católico para los revolucionarios, era igual que ser carlista y el horror a la boina hubo de pasarles, cuando a fuerza de ejemplo, la boina se hizo de moda.

Peregrinaciones, certámenes, centenarios religiosos, mitines, asambleas y congresos, llevaban a su frente a conocidos tradicionalistas. Periódicos, folletos, hojas de propaganda de carácter religioso, todo lo creaban y fomentaban los carlistas. El rescoldo se avivaba con los aires de la Fe católica y las bendiciones pontificias, hasta que llamada la atención de los afines, se apercibieron del aumento considerable de fuerzas modestamente reclutadas, y la apodada Unión católica fué obra de los celos, que se presentó con halagos que no convencieron a los convencidos de que estaba el lobo debajo de la piel de oveja. Fracasó la empresa, apesar de arteras mañas y de los titánicos esfuerzos que se hicieron para comprometer a las autoridades de la Iglesia, con manifestaciones que achicaran al Tradicionalismo, hasta en el terreno religioso y aquellos liberales católicos, que sin dejar de ser y llamarse liberales, presumían de no ser alcanzados por las condenaciones de la Santa Sede, en odio a los tradicionalistas pedían que al exaltarse determinadas virtudes personales, se condenase a los que en su corazón guardaban el amor a su Patria y a su Rey.

Acudieron los afines a los congresos católicos, na-

cidos de aquella propaganda seglar que iniciaron y mantuvieron los tradicionalistas y procuraron que salieran de ellos continuas adhesiones y manifestaciones en favor del poder liberal.

Con suma oportunidad cita el Sr. Minguijón el de Santiago, de 1902, que hizo exclamar a la eminente personalidad que cita en su página 42, aquellas frases tan elocuentes como sentimentales:

¡Que se nos da permiso, que se nos concede como una tolerancia, que sigamos defendiendo las gloriosas tradiciones españolas! Cuando esto oigo, vacilo entre la ira y la risa, añadiendo: Yo sólo me uniré con los que defiendan las tradiciones españolas.

Pero la Revolución debía llevar el crecimiento de los derechos del hombre y estos debían ser iguales para todos los ciudadanos, y en consecuencia a medida que iba liberalizándose la situación, mientras adquirían más derechos y libertades los revolucionarios avanzados, más libertad hubieron de tener a la par, los tradicionalistas y vino la época de la creación de los círculos y de las juntas regionales, provinciales y locales, de los periódicos diarios y de las revistas, de los *aplechs* y de los mitines, de las conferencias, de las celebraciones patrióticas, de la fiesta anual de los mártires y de los centenarios de la Unidad católica y conversión de Recaredo, del descubrimiento de América, de la guerra de la Independencia y del Filósofo Rancio.

¿No recuerda el Sr. Minguijón aquellos grandes y trascendentales actos de propaganda, que no tienen igual entre las manifestaciones de partido alguno?

Prolijo sería entrar en detalles y basta lo dicho para agradecer al Sr. Minguijón sus consejos de hoy, de que practiquemos lo que ya hicimos ayer, sin intervención de afines ni minimistas.

VII

PROGRAMA Y ALIANZAS

Hemos llegado a la parte más importante y trascendental del programa del Minimismo; allí donde precisa el Sr. Minguijón lo que desea y anhela con la nueva escuela de arcaica predicación. El Programa mínimo y las alianzas políticas. Página 43 y siguientes del desdichado folleto.

Se permite en esta parte el Sr. Minguijón citar y comprometer a tan elevados personajes, que no podemos dejar pasar sin protesta su afirmación de que Don Jaime de Borbón haya aprobado en tiempo alguno la teoría del Programa mínimo que condensa en la siguiente fórmula:

«La Unión de las derechas debe realizarse bajo la base de un programa mínimo que no sea una revolución sino una reforma y que no se limite al orden religioso, sino que alcance al orden político y social.»

Tal afirmación respecto a la dignísima personalidad de nuestro Jefe la consideramos completamente incorrecta.

Perdone el Sr. Minguijón la forma menos dura en que podemos volver por los fueros de la verdad.

Cada vez que fijamos la vista en las anteriores palabras que se leen en la página 42 del folleto minimista, o que repasamos el contenido del artículo «Dos cuestiones» (pág. 50 y siguientes y en particular al final de la página 52 y primeras líneas de la 53) donde se pretende justificar el texto de aquellos tres apartados desde el que empieza «La cuestión dinástica exige también alguna aclaración» hasta el que termina con las palabras

de «Contra el bien común no hay ley justa, ni gobierno legítimo, ni derecho dinástico» y cuando finalmente vemos citados en apoyo de tales afirmaciones los textos de Belarmino y de Suarez como escritos para nuestra actualidad política, nos parece ver que resurgen de la tumba las gloriosas figuras de Carlos V y Carlos VII, de Aparisi y Guijarro, de Manterola, de Gabino Tejado y de Barrio y Mier y las de los héroes de nuestras campañas precedidos del insigne Zumalacárregui, para protestar en términos duros y asaz poco satisfactorios para los partidarios del Programa mínimo, previniendo a los leales de nuestros días, que no se dejen coger en las redes de nueva trama que han urdido cabezas sabias, más bien hallados en las lides de una academia que en los fragores de un combate y mejor dispuestos a los sofismas dialécticos que a los personales sacrificios, y ante consideraciones tales, se nos ocurre que poca enseñanza de lealtad han de dar los que predicán y no creen a los que creen, obran y no predicán, sin tener que *conciliar su conciencia y su pudor político con la patriótica evolución de su pensamiento.*

Pero el Sr. Minguijón pretende la unión con las derechas; una verdadera alianza, *no para fortificar las instituciones, sino para fortificar la Sociedad contra las instituciones que se descarrien* y como si tal expresión significase algo práctico y recomendable exclama lleno de entusiasmo:

«Es decir que aunque las instituciones quieran descarriarse podemos enderezarlas y forzarlas a ir por buen camino. ¡Un rayo de optimismo nos ilumina! ¡Podemos más de lo que se nos había dicho!... ¿Qué significan esas palabras del Sr. Minguijón? ¿Qué no queremos fortificar las instituciones, pero si descarrian podremos enderezarlas? ¿Y forzándolas a ir por buen camino, no las fortificaremos? ¿No le parece una paradoja tal figura?... ¿No

considera extravagante que abominando los tradicionalistas la doctrina ecléctica de todas las instituciones liberales, es algo peor que ridículo y contraproducente que contribuyamos a que *una fuerza enorme se incorpore a las realidades de la Política?*

Sí, en verdad, es algo peor y más grave que lo simplemente ridículo, la pretensión supuesta de que el poder público *tendrá* que someterse y rendir vasallaje (pág. 46) todo por obra y poder de una unión de derechas bajo la égida y dirección de *un hombre de excepcionales cualidades morales, que ha salido con el corazón ileso de la ciénaga parlamentaria, que una vez caído tuvo que aceptar muchas cosas que de seguro no le agradaban...*

Las afecciones personales del Sr. Minguijón son en verdad muy laudables y se concibe su obra de recoger la hiedra desgajada del muro del dinastismo imperante, para que crezca y prospere amparada en el robusto árbol del Tradicionalismo, pero en tal caso la Unión que propone, no sirve para enderezar instituciones descarriadas sino que anda por otras veredas.

VIII

LEGITIMIDAD DINÁSTICA

No hemos de discutir con el Sr. Minguijón, ni lo consienten los límites de nuestro trabajo lo que es y lo que calificamos de legitimidad monárquica.

Al mencionarla el Sr. Minguijón en su folleto entiendo por ello lo que entendemos nosotros. Estamos de acuerdo...

Donde no podemos estarlo es en la suposición de que alguien haya pretendido *hacer de ella un principio*

absoluto que debiera prevalecer sin consideración a las exigencias del bien público lo cual, dice y poco nos importa, es error de procedencia liberal.

Nosotros creemos más y afirmamos que si estuvieran (como supone el Sr. Minguijón) desconsideradas las exigencias del bien público, en aras de la referida legitimidad dinástica, habría que calificar de malvados y perversos cuando no de estúpidos, a cuantos han patrocinado con las armas o con las letras el exclusivo triunfo de una dinastía cuya causa se halla en contraposición con el bien público.

Esto no puede creerlo el Sr. Minguijón y menos los que preparan y laboran la formación de ese partido futuro del programa mínimo. Si así fuera, no procurarían recabár la adjudicación de esas honradas masas en las cuales el último de sus requetés podría discutir con el publicista del folleto, demostrándole por qué causa defiende la dinastía legítima, y por qué motivos cree que la dinastía legítima, es la única representación del anhelado bien público.

Ni el Sr. Minguijón ni otro minimista, podrán citar el texto de ningún publicista de nuestro campo, ni proclama alguna de nuestros jefes en la milicia, que patrocine y defienda la causa tradicionalista bajo el exclusivo fin de la legitimidad monárquica. Dios, Patria y Rey es el símbolo de los principios venerados, que a la par que completan un programa, excluyen lo que incluye y vivifica el Liberalismo. La dinastía legítima se ha compenetrado de los principios que informan la tradición católica, española y monárquica y los partidos que se han alejado de ella, proclamando en forma dogmática constituciones de exóticos remedos, han elevado sobre el pavés al que han creído que podría servirles para el logro de fines más o menos revolucionarios, habiéndose dado casos de traiciones y

destronamientos sin ninguna clase de consideraciones dinásticas.

¿Cree acaso el Sr. Minguijón que el bien público exige transigir con los que hoy se hallan supeditados a exigencias de partidos o fracciones de partido, cuyos jefes se presentan más o menos simpáticos o afines? ¿Considera el Sr. Minguijón que es cuestión de bien común, el aceptar el símbolo de una institución liberal con todas sus consecuencias, constituyendo un partido de derechas que en el turno pacífico constitucional influya en favor del programa mínimo, para contrarestar el progreso de las llamadas conquistas revolucionarias? Si es así deje el Sr. Minguijón la boina, que haya ostentado algún día, comulgue si lo prefiere en el campo liberal y déjenos en paz con nuestra crisis que por honda que fuese no había de conducir al envidiado *lastre* de nuestras masas y energías al poco abonado campo de la impopular conservaduría tan doctrinaria en sus principios y fundamentos, como poco afecta al Tradicionalismo en sus personalidades.

La cuestión dinástica es fundamentalmente de orden secundario para los neotradicionalistas del Programa mínimo que con el Sr. Minguijón nos quieren llevar a la Unión de derechas, y como a falta de argumentos, buenas son tortas, ha querido demostrarnos con textos entresacados que «la cuestión dinástica no es un pleito en que se litigue la propiedad de una finca o de un baño, sino la preferencia en la misión de procurar la felicidad de un pueblo». «Que la cuestión dinástica no debe ser motivo que aparte de nosotros a ningún español amante de nuestras tradiciones» y «que la actuación del derecho a reinar no surgirá principalmente por obra de la ley de sucesión de 1713, ni mucho menos por la voluntad de Fernando VII, sino por la identificación del soberano con las conveniencias sociales,

acabando por citarnos como ideal recomendable aquella frase de Alberto Sorel reproducida por Montesquiu de que el término abstracto de la legitimidad no significa nada en sí.

Gracias podríamos dar al Sr. Minguijón por sus descubrimientos extranjeros de última hora sobre la legitimidad dinástica, si no fuera que para descubrimientos son algo ajados y pasados de moda y para razones convincentes les sobra la diferencia enorme que existe en buena lógica entre la argucia y el argumento.

Que el Sr. Minguijón nos diga que la cuestión dinástica es de orden secundario en el programa Tradicionalista, es tan antiguo como el lema de la bandera de Dios, Patria y Rey con el cual los derechos del último se posponen a los de Dios y de la Patria, o sea a los derechos de la Religión, y de la Nacionalidad; pero la posposición de tales derechos nada les quita de su esencialidad, y esta es tan notoria como que no cabe en nuestros días concebir un Tradicionalismo político sin carlistas o jaimistas, ya que los partidos de la rama dinástica imperante no sólo no son ni pueden ser tradicionalistas sino que son declaradamente liberales o doctrinarios y en consecuencia antitradicionalistas por esencia.

He aquí, pues, que si la cuestión de la legitimidad dinástica es por sí misma secundaria con referencia a la exclusiva doctrina del Tradicionalismo, la hace considerar como esencialmente primaria el credo de las dos doctrinas en oposición, en el que si bien de una parte se proclama el Tradicionalismo católico, monárquico, español, por la otra, bajo égida dinástica también se establece y preconiza el Liberalismo racionalista de los derechos del hombre, tan exótico como revolucionario y antitradicional.

¿Qué pretende el Sr. Minguijón al recomendar el

programa mínimo, la unión de las derechas y el relegamiento de las aficiones legitimistas y de la cuestión dinástica?... Sobrado se deduce de su escrito.

El partido de la Unión de las derechas, capitaneado y dirigido por el dignísimo y ponderadísimo Sr. Maura, con el advenimiento de las grandes y honradas masas del Tradicionalismo, constituye una falanje fuerte y vigorosa que en el ingenioso juego liberal del turno pacífico de los partidos puede alcanzar, a no lejana fecha, las riendas del gobierno, y tenemos entonces en manos de muchos de los nuestros las delicias y ventajas del poder, sin necesidad de más luchas ni estériles sacrificios personales y con ello los *minimistas*, o partidarios adheridos al programa mínimo, han llegado ya al término de la campaña; y a la Legitimidad dinástica y al Programa máximo que les parta un rayo.

Pero el Sr. Minguijón para cohonestar la evolución patriótica *a vuelta de toques vibrantes para conciliar la conciencia y el pudor político* (pág. 42), al pretender el engendro del partido minimista, cita textos de sentido tan contraproducentes, que no parece sino que la primera parte de su obra, o sea desde su principio a la página 42, sea escrita por otra mano y bajo criterio muy diferente del que se advierte desde el comienzo aquella página hasta el fin del folleto.

En la primera parte todo es tradicionalismo neto, todo es afecto y admiración por la comunión en crisis, todo son alabanzas y frases laudatorias, mas a partir del Programa mínimo y las alianzas políticas (pág. 42) ya salen los toques vibrantes, como si fueran nacidos de ajeno criterio, y la evolución patriótica, que, conciliando la conciencia, pretende nada menos que reducir al programa mínimo la cuestión teológica y la cuestión dinástica.

Se esfuerza el Sr. Minguijón en su artículo «Dos

cuestiones» en demostrarnos que la Santa Sede al condenar al Liberalismo lo hizo como Naturalismo político; que no se propuso condenar a todos y cada uno de los partidos que acaso se llamen liberales (refiriéndose al Canadá) y que es lícito pertenecer al partido conservador.

¿Nos dirá el Sr. Minguijón qué relación tienen aquellas tres numeradas proposiciones que cita, con la Crisis del tradicionalismo? ¿Es que acaso en la bandera tradicionalista, en el Programa de la Comunión, en la palabra autorizada de sus jefes o en el verbo de los denodados apóstoles políticos del Tradicionalismo, se han vertido proposiciones contrarias que sirvan de lema y base de la actitud del partido? ¿Es que la palabra del Papa ha sido en algún tiempo discutida o desacatada por la Comunión tradicionalista? ¿Es que los distingos que los liberales han establecido en sus manifestaciones políticas o religiosas para no ser alcanzados por las condenaciones pontificias, han sido motivo o dado ocasión para que la Causa tradicionalista se haya asumido pretensiones dogmáticas en aras de su propio interés? ¿Es que la crisis que preocupa al Sr. Minguijón ha sido motivada por acres discusiones sobre la apreciación de aquellos ingeniosos distingos?..... Sobrado le consta al dignísimo publicista de Zaragoza, que el Tradicionalismo *per se* es la oposición marcada y franca al Liberalismo en todas sus manifestaciones y matices y que condena y rechaza las que el Papa anatematiza en el orden religioso, sin establecer reserva alguna, como se opone virilmente a las que, por ser de orden meramente político, son contrarias a la doctrina tradicional, aun cuando sean ortodoxas, ya se llamen conservadoras, eclécticas o doctrinarias, ya netamente liberales, progresistas o anarquistas.

Todas tienen una base u origen común antitéticas al espíritu tradicional.

Pero es el caso que no preocupa a los tradicionalistas en crisis, la apreciación más o menos lícita u ortodoxa de las sectas liberales y resulta intempestivo y poco práctico sacar a colación unas pretendidas diferencias que no motivan la crisis de que se trata... ¿Qué pretende el Sr. Minguijón con sacar tales trapillos? ¿Quiere demostrarnos que los conservadores son buenos? Séanlo enhorabuena; mejor será para ellos y para los minimistas que evolucionan para salvar sus particulares crisis... Para los tradicionalistas no sirve la gazapera.

IX

UNIÓN DE DERECHAS O FUSIÓN CON RESERVAS

Acabamos de analizar los principales rasgos de la obra del Sr. Minguijón, cuyo contenido nos atrae tanto como nos admira la solución que propone.

Llama el autor Unión de derechas a lo que en realidad según su plan es una *fusión con reservas*; fusión de nosotros con ellos. Reservas inútiles y asaz intempestivas una vez realizado el proyecto. ¿Ha pensado bien el autor en sus inevitables consecuencias? ¿Es que las citas de publicistas extranjeros que tanto abundan en su erudito trabajo, le ofrecen analogía o semejanza de casos, que impliquen identidad de actuaciones? Pueril empeño, y pretensión de ridícula suficiencia sería cualquiera tentativa para probar que ni uno solo de aquellos autores en su libro citados tiende a demostrar que sea justo y razonable la Unión de doctrinas antitéticas, calificadas gratuitamente de afines, con la circunstancia especialísima de pretender que una sola

de las dos partes de tal manera unidas, debe hacer abnegación u ocultación de sus finalidades; de lo cual ha de deducir lógicamente que si hay *abnegación*, hay renuncia de principios y si hay *ocultación* hay fraude o engaño y en verdad que si lo primero rebaja y anula a la institución o escuela unida, lo segundo constituye una malicia que no puede enaltecerla... ¿Eso pretende el Sr. Minguijón de aquellos legitimistas que durante un siglo han luchado heroicamente con la bandera desplegada? ¿Espera con algún fundamento, que el Tradicionalismo se preste a un juego de tal naturaleza?...

El Tradicionalismo no ha rechazado jamás a cuantos de buena fe se alisten a la bandera de la Tradición, vengan de donde vengan, antes al contrario les invita, recordando que el gran Aparisi y Guijarro quería unir en un solo campo a los que oyen Misa, y que en solemnes documentos se ha dicho y prometido conciliar lealmente las instituciones útiles de nuestra época con las indispensables de lo pasado, dejando a las Cortes generales, libremente nombradas, la grande y difícil tarea de dotar a la querida Patria de una Constitución que sea a la vez española y definitiva. (1)

El Tradicionalismo no rechaza a nadie, y pruebas de ello fueron Don Cándido Nocedal y González Bravo, Martínez Viñalet y el barón de Bretauville, muchos de los generales de la última campaña y gran número de escritores que figuran al frente de acreditadas publicaciones. Pero el Tradicionalismo no se amalgama, no desaparece, no renuncia nada del Programa que tiene impuesto, ni es una empresa tan desprovista de recursos, que tenga que reducirse a ese *minimum* del partido minimista que resulta asaz desprovisto de toda gracia

(1) Manifiestos de D. Carlos de Borbón.

y condición que le haga digno y aceptable como una solución práctica y elevada.

Si el Sr. Minguijón hubiese dedicado sus afanes al estudio de la literatura tradicionalista; si hubiese repasado los Autógrafos de Don Carlos perfectamente coleccionados por Don Manuel Polo y Peyrolón o nuestra Biblioteca popular Carlista, verdadero archivo de preciosos documentos, no habría tenido que recurrir a textos de escritores extranjeros que ninguna aplicación tienen con el objeto que se propone.

En cambio, el inmortal Balmes al tratar de la fusión de las dos ramas para la solución de la cuestión dinástica, jamás pretendió renunciarse de principios, ni acomodamientos de programas mínimos para el tradicionalismo.

Donoso Cortés, algún tiempo profesor de D.^a Isabel, abjuró públicamente del Liberalismo, en aquella sesión de Cortes de 4 Enero de 1849 en la que declaró que todas las ideas liberales en todas sus fracciones eran estériles y desastrosas, afirmando que en ellas se reunían los errores inventados desde tres siglos a la fecha para turbar y disolver las sociedades humanas y añadiendo en su carta a Montalambert que entre las dos civilizaciones (la católica y la filosófica) existía un abismo insondable, un antagonismo absoluto y que las tentativas hechas para llegar a una transacción han sido y serán siempre vanas.

Tales doctrinas motivaron del P. Ceferino González el siguiente vaticinio: ¿Quién sabe si lo que hoy miramos como exageraciones, como tesis pedagógicas y sobrado absolutas de Donoso Cortés, llegará un día en que sea mirado como previsiones ajustadas al movimiento de la Historia, como la expresión genuina de las verdaderas necesidades político-sociales y religiosas de nuestra época? (1)

(1) Historia de la Filosofía, t. III, pág. 498.

Invitamos al Sr. Minguijón a meditar tales palabras.

El P. Alvarado combatió el Eclecticismo en sus «Cartas de Aristóteles» y desde el destierro, demostró la maldad del Liberalismo en todas sus manifestaciones, en sus cartas políticas, bajo el nombre de «Filósofo Rancio».

Aparisi y Guijarro, el más decidido de nuestros propagandistas, hizo célebre la frase de su proyecto de *Unir en un solo campo a los que oyen misa* y jamás en sus escritos anunció la idea mínima de reducir el programa tradicionalista de sus ensueños, y menos en el terreno religioso o antiliberal.

Refiriéndose a Don Carlos como representante y jefe de la Comunión tradicionalista dice tan insigne escritor: «En su bandera jamás escribirá la palabra *Liberalismo*, que es la libertad del bien y del mal, según los inocentes y según los avisados la libertad del mal oprimiendo al bien. En esa bandera jamás se escribirá la palabra *Parlamentarismo* que es en su esencia eso que se llama gobierno de la nación por la nación; sistema corruptor y falso que da de sí un despotismo disfrazado o una república vergonzante y que por malo y extranjero lo desdeña nuestra altivez y lo condena nuestra razón, una mentira envilece a un hombre y una ley mentira corrompe a un pueblo.» (1)

Ortí y Lara y Gabino Tejado precisaron el carácter de falsa malicia e insana doctrina de los católicos liberales; Manterola en un rasgo de franqueza en plenas Cortes (27 Abril de 1868) dijo: «Yo no sé que admirar más si la demencia frenética de los revolucionarios de acción o la imbecilidad inerte de los revolucionarios conservadores.»

El citado polígrafo Méndez Pelayo, gloria de la

(1) Política de Don Carlos.

Filosofía y de la Literatura españolas exclama en su obra «Los Heterodoxos españoles»: (1)

No es hacedero reducir a fórmula el partido moderado, que, según las vicisitudes de los tiempos, aparece ora favoreciendo, ora resistiendo a la corriente heterodoxa y laica. Fué más que partido *congeries* de elementos diversos y aún rivales y enemigos, mezcla de antiguos volterrianos, arrepentidos en Política, no en Religión, temerosos de la anarquía y de la bullanga, pero tan llenos de preocupaciones impías y de odio a Roma, como en sus turbulentas mocedades, y de algunos hombres sinceramente católicos y conservadores, a quienes la cuestión dinástica, o la aversión a los procedimientos de fuerza, o la generosa, si vana, esperanza de convertir en amparo de la Iglesia un trono levantado sobre las bayonetas revolucionarias, separó de la gran masa católica del país.

No lo decimos nosotros, Sr. Minguijón; habla con más elocuencia el escritor no carlista Sr. Menéndez y Pelayo.

¿Qué mucho, pues, que escritores de nuestra Comunión como el insigne y honorable Polo y Peyrolón se expresen en la siguiente forma?

«¿Tenemos los carlistas el deber de unirnos con los católicos a secas, o de otros partidos para finalidades religiosas aunque para su logro sea preciso utilizar medios políticos?»

Con los verdaderos católicos, sí; con los acatólicos, no. ¿Y quién tiene autoridad para decirnos quienes son y quienes no son verdaderos católicos?

La Iglesia y nada más que la Iglesia. De manera que como la Iglesia ha condenado todo liberalismo, declarando también muchos señores obispos que no hay más

(1) Tomo II, pág. 587.

que un solo liberalismo; y como los partidos políticos españoles, desde los conservadores hasta los anarquistas, se titulan a sabiendas *liberales*, profesan doctrinas liberales y en la oposición lo mismo que el poder practican actos liberales; en uso de nuestro perfectísimo derecho y en cumplimiento de nuestro sacratísimo deber, no debemos, ni podemos, ni queremos unirnos políticamente con los conservadores, los liberales, los demócratas, los republicanos, los socialistas, los anarquistas y los ácratas, porque los primeros son católicos liberales imitadores de Lucifer y los segundos anticatólicos rabiosos» (1).

Otros textos podríamos citar como los referidos de gran número de autores y representantes de nuestra Comunión, contestes en la imposibilidad de unión de principios tan antitéticos como la doctrina netamente católica del Tradicionalismo y la católica liberal de la llamada escuela conservadora y no sería difícil demostrar que en ello estriba la vitalidad y pujanza de nuestra Comunión.

A propósito de tales afirmaciones, en congruencia con el asunto que tratamos y a fin de rectificar personales alusiones que se permite el Sr. Minguijón en su folleto respecto a quien merece esclarecido nombre en la Comunión tradicionalista, hemos de transcribir las siguientes palabras del incomparable orador Sr. Vazquez de Mella, vindicándose noblemente de la acusación de tratos políticos con el Sr. Pidal.

«Yo soy de aquellos que no se tuercen ni se doblan, que nunca inclinan la cerviz y la rodilla ante el injusto éxito triunfante. Si yo quisiese algún día defender la legalidad puramente externa, si yo incurriera en eso que yo considero una locura, habría de hacerlo en el

(1) Deberes de los carlistas en las actuales circunstancias pág. 17 y 18.

momento en que hubiese pasado la frontera, porque yo preferiría ser cortesano de la desgracia a ser secuaz del éxito coronado.

»Yo quiero, señores, conservar esta dignidad, no solo por ser dignidad de caballero, sino porque sé que el día que yo faltase a ella, había de ser precedida la apostasía política de la apostasía religiosa y eso con la gracia de Dios no espero que se realice nunca.

»Por esto yo insisto en la invariabilidad de mis opiniones, porque soy de los que están siempre en el mismo puesto, de los que entran en la vida pública a la sombra de una bandera, y a la sombra de aquella misma bandera mueren, luchando por ella hasta el último instante.

»Por esta razón yo me hago eco de las hermosas palabras, con que terminaba uno de sus elocuentes discursos el Sr. Pidal y resumo en ellos mi pensamiento diciendo, que prefiero siempre hombres radicales como Pi y Margall y Gambetta a hombres doctrinarios como Thiers y como Cánovas, como prefiero siempre al homicida que de frente hunde el puñal en el pecho de la víctima, al médico que se sienta a la cabecera del enfermo para impedir su convalecencia.»

Palabras del Sr. Mella sobre los sucesos de la Coruña, pronunciadas en el Congreso de los diputados el 1.º de Julio de 1893.

El hombre que con tan solemnes palabras confiesa sus convicciones, con sinceridad no acude a esos *toques vibrantes llamados a conciliar su conciencia y su pudor político con la patriótica evolución de su pensamiento*, como le atribuye el Sr. Minguijón pretendiendo que *varia* su actitud política.

Véase la página 42 del folleto del Sr. Minguijón.

CONCLUSIONES.—ALERTA.—ACLARACIÓN

Quedamos conformes con el Sr. Minguijón en que «es un hecho innegable la vitalidad y pujanza del Jaimismo y que ningún partido sabe como él movilizar grandes masas entusiastas y abnegadas», pero estamos muy lejos de asentir en que aquellas masas entusiastas y abnegadas, que como reconoce el Sr. Minguijón, «se congregan en torno de una bandera con un gesto de bravura caballeresca y que de ellas sale un rumor potente como de cosas grandes amadas por un pueblo rico en fe, carezca de orientaciones», como desdichadamente dice en ese folleto en que se afirma y se niega rehuyendo toda clase de prueba.

Conformes con el Sr. Minguijón en que las orientaciones son necesarias en los partidos políticos, pero no en que puedan ser oficiosas como venidas de intempestivos consejos no reclamados y de dudosa procedencia.

Conformes en que el Tradicionalismo, estático en sus principios religiosos y políticos, debe ser evolutivo en sus procedimientos, ya que el nombre mismo de *Tradición* como ha dicho ilustre Prelado, revela su marcha progresiva a través de los tiempos, pero esa evolución no podemos aceptar que sea una *reforma* como pretende el Sr. Minguijón, ni un procedimiento posibilista, (pág. 13) ni, mucho menos, que la obligue a limitar algo en la cuestión teológica, ni en la dinástica, para dar paso a esa acción social en la que sin mengua de principios, podemos y debemos tomar parte todos los católicos, cooperando a las obras de los círculos y asociaciones religioso-sociales, que no son nuevas para los tradicionalistas.

Ambas cuestiones, la teológica y la política antedichas, son para nosotros intangibles y no cabe limitación alguna, como no puede haberla en lo que afecta al lema de nuestra bandera, y menos para constituir el nuevo partido del Programa mínimo, de invención funesta, en pugna abierta con el Programa completo que nos caracteriza y dignifica.

No podemos convenir con esa Unión de las derechas, que pretende el Sr. Minguijón, hacia el Sr. Maura y hacia las escuelas de determinados partidos al parecer fracasados, pero queremos y patrocinamos la Unión de las derechas y aun de las izquierdas, cuando con sinceridad unos y otros acepten nuestro Credo y confesión. Nuestra disparidad depende del significado de un verbo, de resultado semejante pero de distinta acción; es la diferencia del verbo *ir* con el verbo *venir*. En cuanto al *ir* jamás será permitido sin plena apostasía de principios; respecto al *venir* llena está la Historia de como tratan los tradicionalistas a los que en diversas ocasiones han venido a nuestra Comunión y sin duda no existe institución política que sobre el particular haya dado tan bellos ejemplos.

No iremos a las derechas del Parlamentarismo porque ni se dobla nuestro cerviz ante la gloria del éxito, ni personalmente nos mueve la ambición, o el afán de temporalidades y menos con un miserable Programa reducido a la expresión mínima, ya que ni pretendemos engañar, ni ser engañados.

Vengan a nosotros y mejor dicho a la Causa de la Restauración de la Patria, los que por convicción o por desengaño se hallen persuadidos de la bondad de los principios; los que se admiran de la pujanza y vitalidad de nuestra Comunión; los que abominen de los corruptores vicios del sistema del Liberalismo; los que descubran la finalidad artera y escalonada de los

diversos partidos de la Revolución. Vengan a nosotros con sinceridad y juntos salvaremos a la Patria del fatal decaimiento y desconsideración a que la han llevado los secuaces de Riego y de Mendizabal; los admiradores de Moret y de Canalejas los fanatizados por las huestes de Ferrer y de sus congéneres. Vengan a nosotros que aprendimos de Carlos VII a ser tan inflexibles en materia de principios como indulgentes en cuestión de personas.

Y si vienen las llamadas derechas, será un hecho la unión que pretende el folletista, para bien de ellas, como para bien nuestro y para bien de España, realizando el pensamiento de Aparisi, de unir en un solo campo a los que oyen misa.

¿Se halla dispuesto a ese paso tan trascendental la elevada personalidad que tan merecidamente enaltece el Sr. Minguijón? ¿Será cierto que aquel exministro de *excepcionales cualidades morales ha salido con el corazón ileso de la ciénaga parlamertaria*? ¿Se halla libre por circunstancia providencial *para replegar su espíritu hacia los grandes principios y para poner el relieve de su prestigio al servicio de una gran causa*? ¿Podrán ver nuestros ojos que, cumpliéndose el vaticinio, sea aquella personalidad, *gran ministro de un gran monarca*?... ¡Ah! en este terreno los tradicionalistas del Programa completo, los que aborrecemos los distingos en cuestión de principios, no hemos de clamar el fatídico «Maura, no» de los revolucionarios, sino que con todas nuestras energías hemos de gritar «Maura, sí». Bien venido sea entre los nuestros el que por disposición de la Divina Providencia se halla con más favorables circunstancias para realizar el plan de Aparisi; quizá para acelerar el glorioso despertar de nuestra hoy infortunada Patria.

Si Dios, en sus inescrutables designios, no lo tiene así dispuesto, no hemos de conquistar a nadie, ni pro-

curar la atracción de voluntades con la ficción del Programa mínimo y menos con farsas ridículas como la de aquel cuento que pone el Sr. Minguijón al final de su folleto, que puede servir de distracción a los niños y de entretenimiento a los lacayos, pero no será para la seriedad de una causa a la que otro que no fuera el señor Minguijón pretendiese engañar.

No creemos esto del Sr. Minguijón, a pesar del cuento burlesco de su final de obra; antes bien le suponemos poco experimentado, ya que no advierte que su plan sólo merece un grito de alerta para todos los leales.

Que no estamos preparados para el triunfo; que necesitamos prepararnos y preparar a la nación; que hemos de buscar la adhesión y la colaboración de toda la masa social; que hemos de fortificar los valores morales; que hay que hacer labor de propoganda intensísima y de depuración y reconstitución interna, organización de clases, desplazamiento gradual de la base del Estado, etc.... ¿Para hacer todo ello hay que fortalecer con nuestro crédito, con nuestros votos y con nuestras energías a los partidos turnantes? ¿Para eso hemos de reducir a lo mínimo nuestro Programa? ¿Así llamaremos a las derechas para la Unión?

El Sr. Minguijón, propagandista celoso de sus ideas, ha dado públicas conferencias y alguna empresa periodística aplaude su obra y si bien afortunadamente no toma vuelos la idea, importa dar el grito de *alerta*, a los leales, para que anden precavidos contra los nuevos redentores que aparecen en busca de nuevas y extrañas solidaridades. Inocentes podría haber que se dejaran coger en el lazo que se les tiende tal vez contra la voluntad del Sr. Minguijón, y a ellos va dirigido el *alerta* para que no se aparten del Programa de principios, que bien claro consta en los actos y escritos de nuestras

autoridades y que sellaron con su sangre millares de mártires. La Comunión tradicionalista no necesita el Minimismo de la nueva escuela, ni otro Programa más que el de Dios, Patria y Rey, con la bandera desplegada a los cuatro vientos. No requiere otros apóstoles que los que predicán sin distingos y sin vacilaciones, ni más uniones que las que vengan a nosotros y a nuestros principios con la franqueza de la convicción o la sinceridad del desengaño, y, en perfecto paralelismo con la predicación de la Iglesia católica, es de esperar fundadamente el triunfo para el día y hora que tenga señalada la Divina Providencia.

Deseche el Sr. Minguijón sus vanas quimeras sobre el *Todo o nada* que tanto le preocupan, así como sus temores de falta de preparación y de orientaciones, tal vez hijos de celo desviado; no acuse a la Comunión tradicionalista de faltas que no ha cometido y enterándose bien de su historia, reconocerá de buena fe que cuanto le propone en orden a propaganda, todo, absolutamente todo lo que indica, excepto lo del *Programa mínimo*, lo tiene hecho y practicado, con éxito más completo que el que podría esperar de esas reducciones de lo irreductible, o sea de la esencialidad de los principios, y de paso recuerde aquellas palabras del príncipe de Valory publicadas por el conde Paul Vassili en su interesante obra «La Sociéte de Madrid.»

«Uno de los hechos más sorprendentes de la Historia del siglo presente es la constancia y la fidelidad de las provincias del Norte de España a la causa carlista. Se ha visto a los Estuardos, y a los Vassa estimular el celo de sus partidarios y a los jacobitas y los dalecarlios seguirlos; pero el día en que no existieron los Estuardos y los Vassa, los opositores desaparecieron. Los españoles serían carlistas, aunque Don Carlos no existiera. En este tiempo en que la indiferencia política

invade poco a poco a los reyes y a los pueblos y en que las Majestades pierden sus prestigios corriendo por los caminos reales, el hecho merece ser señalado. El Carlismo está en España en estado permanente. Los carlistas aparecen después de doce siglos como los representantes legítimos de los compañeros de Pelayo. Son los guardias hereditarios del fuego sagrado; el fuego de la Religión y de las libertades de su Patria. Si hoy se apellidan carlistas, es porque han visto en la obra a los dos Carlos. Han hecho al abuelo y al nieto la honra inmortal de tomar su nombre. Carlos V, Carlos VII los bautizaron, espada en mano, en el baptisterio de cien combates.

POST SCRIPTUM

Terminado habíamos nuestro trabajo, cuando nos vino a mano un número del diario denominado «Correo Catalán», correspondiente al 13 de Abril del presente año, y en él encontramos un largo artículo titulado: Príncipes en el destierro. Mundial en casa del duque de Madrid.

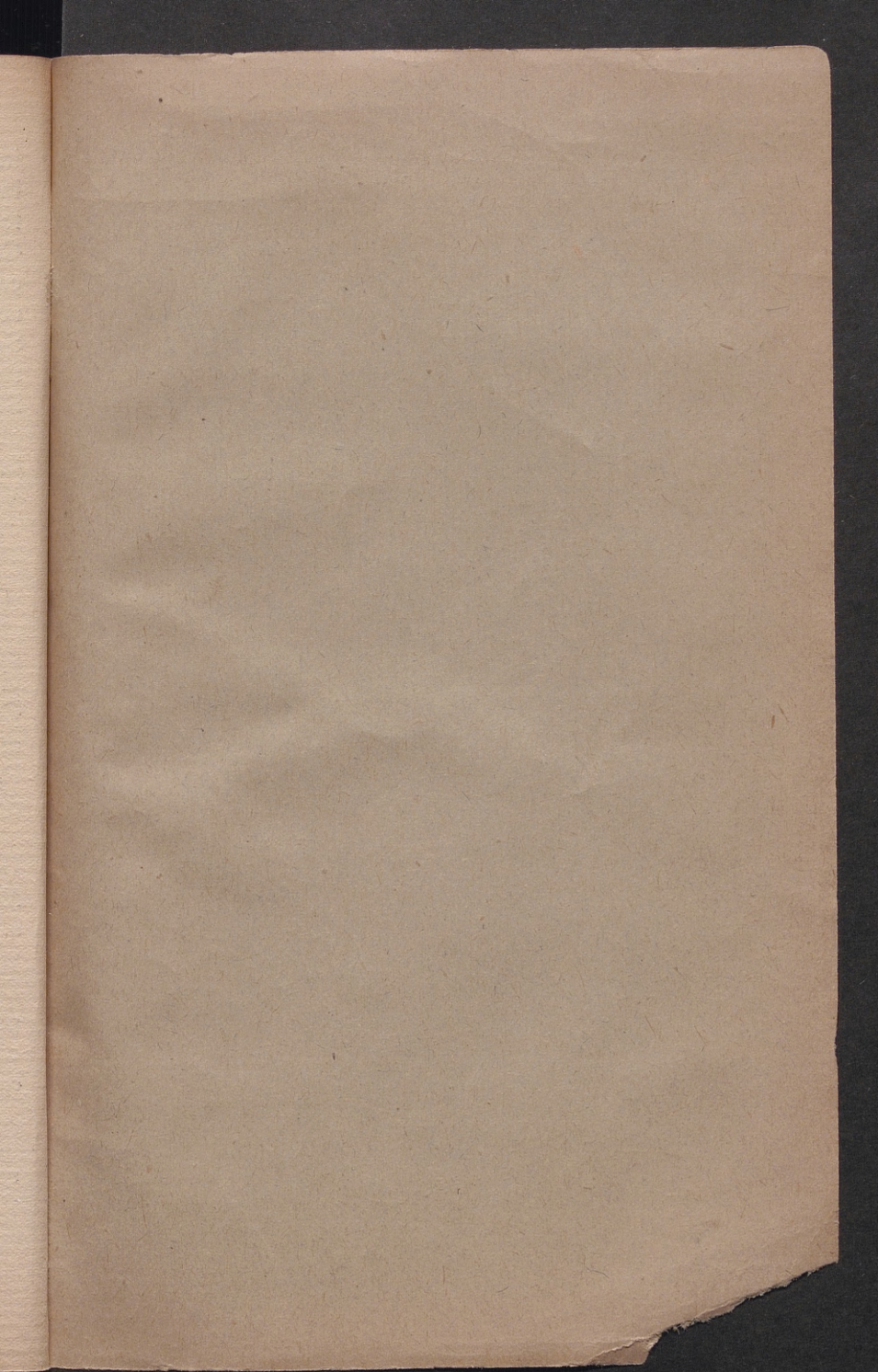
En dicho artículo se relata una entrevista de nuestro Don Jaime de Borbón con un reporter de la revista Mundial Magazine de París, en cuyo acto se atribuyen a Don Jaime, entre otras, las siguientes palabras:

«Tengo con Maura las mismas relaciones que con Dato, el actual jefe del Gobierno. En cuanto a nuevos partidos no los concibo. Hay el mío que puede reforzarse con los elementos que vengan, *pero nunca perder su carácter*»

También dijo Don Jaime en el propio acto:

«De mi padre heredé deberes y los deberes no los renuncia nadie».

Barcelona, Mayo de 1914.



MCD 2022-L5